

OFRECIMIENTO

Pocos escritos hay tan difíciles como los necrológicos. Nadie va a recordar más al homenajeado porque le dediquemos parte de nuestro esfuerzo. Ninguno de los presentes lo querrá más de lo que lo quiso. Nunca tampoco se corre tanto el peligro de escribir palabras vacuas.

Pocas palabras tan inútiles como las dedicadas a una necrología.

El dolor por la desaparición de un compañero se expresa dentro de uno mismo, a través del vacío que queda en torno nuestro. A través de la no presencia de su figura. A través de la desaparición de lo cotidiano.

Esas ausencias que se anuncian como presencia —la presencia de una ausencia— son las más dolorosas. No es preciso, pues, la manifestación pública, impúdica, del dolor.

Personalmente, siento todos los días la ausencia de Juan Collantes de Terán. La ausencia de su figura, amable y silenciosa, deslizándose entre los muebles del pasillo, por delante de mi despacho. Siento la ausencia de su voz, nunca estridente. La ausencia de su conversación, educada y amena, de su ironía. De su siempre hacer elegante.

Aunque no sea precisa la manifestación pública del dolor, la Facultad de Filología ha querido dedicar a la memoria del Doctor Don Juan Collantes de Terán este número de su revista. Y, para abrirlo, se me ha invitado a que escriba unas palabras de ofrecimiento.

La comunidad universitaria honra de este modo a uno de sus más queridos profesores por medio del propio trabajo universitario. No hay mejor homenaje para un profesor que dedicó toda su vida, desgraciadamente corta y bruscamente interrumpida, al magisterio. Por ello también yo voy a ser muy breve. No puedo permitirme superar el espacio que deben ocupar, y ocuparán en parte, precisamente los discípulos que él supo formar, dedicándoles probablemente un tiempo que hubiera podido aprovechar para aumentar su propia obra. Unos discípulos —hoy algunos de ellos ya con un prestigio sólido, a pesar de su juventud— de los que (soy testigo directo de sus confesiones) se sentía muy orgulloso. Aún recuerdo con qué cariño y elogios me llevó a conocer, en enero de 1979, poco antes de instalarme en Sevilla, a tres profesoras jóvenes en las que tenía puestas sus esperanzas y que hoy son profesoras titulares de nuestra Universidad y autoras de libros y ediciones modélicos.

El Doctor Don Juan Collantes de Terán y Collantes de Téran realizó toda su carrera profesional en Sevilla. Estudiante de esta Universidad, fue luego profesor no numerario, Catedrático de Lengua y Literatura Española en un instituto de bachillerato de la ciudad, Profesor Agregado de Literatura Española en la Facultad de Filosofía y Letras, Catedrático de Literatura Hispanoamericana en la misma Facultad. Vicerrector de la Universidad. Su sentido de la visión americana de Sevilla le llevó a fundar el Departamento de Literatura Hispanoamericana en 1979. Dirigió también la colección de bolsillo de las publicaciones de la Universidad, que alcanzó los mejores logros cuando el responsable era precisamente él.

Se doctoró en la Universidad Complutense con una tesis sobre *Ciro Alegría*. Y, como ese novelista, entendió que el mundo es ancho y ajeno y buscó su espacio en la cultura sevillana de su entorno sin caer nunca en un provincianismo estéril, sino leyendo, escribiendo, ofreciendo su conversación sobre los temas literarios más amplios. La Real Academia de Buenas Letras supo reconocer tales méritos al elegirle como miembro.

Esteban Echeverría, Ricardo Güiraldes, Antonio Machado y Juan Rejano, así como el teatro americano de los siglos XVI y XVII fueron objeto de su atención y estudio.

Mas ciertas labores permitirían a Juan Collantes de Terán unir a su preocupación teórica por la literatura y a su temprano magisterio su propia sensibilidad creadora. Me refiero a la revista que, cuando sólo contaba veinte años, fundara con algunos amigos; me refiero a su dedicación como responsable de las reuniones poéticas del Club La Rábida y me refiero, en fin, a la dirección de las páginas literarias del diario ABC de Sevilla, en sus últimos tiempos.

De dichas labores pláceme destacar la fundación, en noviembre de 1951, patrocinada por la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad de Sevilla, de la revista de poesía *Aljibe*, que publicaría cuatro números hasta febrero de 1952, un quinto en enero de 1954 y el sexto y último, editado ya por el Sindicato Español Universitario, Distrito de Sevilla, en marzo de 1955.

Los primeros números fueron compuestos por un grupo de jóvenes constituido por Bernardo Víctor Carande, Juan Collantes de Terán, Angel Medina de Lemus y otros dos escritores que figuraban allí con su segundo apellido expreso: Aquilino Duque Jimeno y Antonio Gala Velasco. La revista, que llevaba un anuncio de la compañía de seguros sevillana Cía, hoy Previsión Española y Cía, y costaba quince pesetas al trimestre, se abrió con una carta de Vicente Aleixandre. Publicó poemas, además de aquéllos que formaban parte del cuadro directivo, de Pedro Salinas, que había sido catedrático de Literatura Española en esta Universidad, José María Pemán, Joaquín Romero Murube, José Antonio Muñoz Rojas, Enrique Sánchez Pedrote, que luego fuera responsable de la cátedra de música de la Facultad de Letras, José Luis Tejada, también recientemente fallecido, y de los poetas de la revista *Cántico*: Ricardo Molina y Pablo García Baena.

Me parece importante destacar que, en el último número, la revista (dirigida ya sólo por Juan Collantes de Terán) huyó del peligro localista que había venido rondándole. Corresponde así a Juan Collantes el mérito de haber abierto la publicación, con gran sentido, incluyendo, además de un poema de Rafael Montesi-

nos y otros en homenaje a Higinio Capote, importantes colaboraciones poéticas de Juan Ramón Jiménez (un poema redivivo de tiempos de Sevilla), otra de Vicente Aleixandre (no recogida en las *Obras Completas*) y una tercera de José Hierro.

El propio Juan Collantes de Terán publicó en *Aljibe* tres poemas. Uno tiene la curiosidad de presentarse, bajo el título «Farsa», como diálogo en verso entre una niña y la voz del poeta. Pero voy a reproducir el que apareció en el primer número de la revista, porque en él podrá apreciarse el buen gusto poético del autor y la línea netamente andaluza y neopularista en la que se inscribía.

Canción del almendro dulce

*Para Esther, bíblica y soñadora por aquella
carretera donde vimos tantas cosas.*

*De almendro dulce
la varita que corté
la perderé.*

*Por aquí vino tu cuerpo
y por allí se fue;
al almendro dulce
dos piñas le planté.*

*Si perdí todo
contigo me quedaré
y con la varita blanca
—arrebolé—
de almendro dulce,
tan dulce, que te corté.*

*Pero me buscó tu mano
color de rosa de te,
lunaria de las cien noches,
que te busqué y mi varita
te regalé.*

*De almendro dulce
la varita que corté
ya no te perderé.*

Quede aquí el eco de sus versos y una observación con la que Don Juan Collantes de Terán concluía un comentario sobre la poesía de Manuel Machado. Voy a permitirme añadirle sólo una palabra para aplicársela a él mismo como definición de su personalidad: una trayectoria vital y poética a la que fue fiel y que le mantuvo en la línea de una constancia en verdad elocuente.

JORGE URRUTIA

Catedrático de Literatura Española